

Memento mori

Ramón Castillo

OÍSTE EL LADRIDO TESTARUDO DE UN PERRO. A lo lejos, el animal delectaba el mismo nombre incomprensible, una y otra vez. De repente tenías seis años y miraste por la ventana para saber de dónde provenía aquel sonido. Lo que encontraste fue un recuerdo. Estabas en la calle, tirado junto a la basura, agobiado por el torbellino de una tempestad etílica. Te merodeaban como hienas a su presa, pero aquellas sombras sólo tenían la curiosidad que sienten ante cualquier moribundo. El ladrido, otra vez. Corres la cortina. Ahora, una habitación familiar hecha de evocaciones caducas. Tienes miedo, uno tan intenso que empuja lágrimas inagotables, el mundo entero te muestra su indiferencia, quieres huir pero no sabes cómo ni a dónde. Miras tus bracitos tensos en la baranda de la cama y sientes la desesperación, el terror hace que emerja en ti un grito profundo y agrio como el de un animal primitivo, un animal que aún no conoce la palabra. Te ves ahí, ajeno a lo que serás; estás ahí, lejano a ti mismo. Quieres llamar a tus padres, decirles que ese eres tú cuando todavía era posible tener esperanzas, eres tú mucho antes de que todo se jodiera, eres tú y los necesitas urgentemente. Buscas articular lo que no pudiste en ese momento cuando sólo eras desconsuelo, les pides a gritos que te atiendan, que los has extrañado, pero entre sollozos apenas admites que has bebido por culpa de tu padre, que lo perdonas porque nunca creyó en lo que podías hacer y por haberte golpeado para aliviar sus propias dudas, a tu madre sólo quieres darle un beso y pedirle que te cante, de nuevo, esa triste canción sobre un viejo canino.

Afuera, el lamento reiterado y absurdo inunda la calle. Adentro, nadie responde y las horas pasan. El miedo te hace temblar también a ti, que miras todo esto como una película ya vista, a ti que has demostrado a lo largo de los años que eres un chingón, que los demás te la pelan, que siempre puedes, pero te cagas en los calzones igual que ese niño que fuiste y te pones a llorar porque los perros no se callan.

¿Qué hacer cuando todo se pierde tras una puerta cerrada?, ¿qué hacer cuando nadie acude a ti, cuando tienes que aprender la dura lección de la soledad? Y de nuevo, el maldito perro con esa pertinaz y estúpida insistencia de acallar la oscuridad a gritos. Esa misma

terquedad que aprendiste y te permitió salir adelante, porque tú también le ladras a la noche, a lo que no está ahí, a lo que nadie ve, a la luna o a los fantasmas de todos esos fracasos que te persiguen sin descanso, las voces que no te dejan dormir, voces que sólo se acallan con el dolor extraído a los demás. Los alaridos, en lugar de aliviar, alimentan los espectros de lo que soñabas hacer y no pudiste, reclamos que pululan como parásitos sobre tu piel, succionándote el sueño y la sangre. Te cansaste de huir. En la caída, preguntas por el motivo que atiborró de espuma tus dientes, ese burbujeo de palabras. Sabes que tu negro hocico es el túnel por el que caminas hacia la nada. Tienes quince

Memento mori. (Imagén: Fine Art Images / Heritage Images / Getty Images)



o veinte años, has crecido a la par que tus miedos pero tanto más que tus odios. Acabas de pelear, de partirte la madre cuando tuviste que hacerlo para defender el honor de tus apellidos, tu mamá no era una puta, ni tu papá un hijo de la chingada, no, o quizá sí, pero no podías admitirlo y por eso le rompiste los dientes a aquel que se creía mejor que tú porque era más inteligente y se vestía mejor. De alguna u otra forma, también hiciste lo mismo después, intentaste vencer a todos los que como él quisieron hacerte sentir menos, aunque nunca pudiste derrotarte a ti mismo. Ya para ese entonces estabas contagiado de rabia, pero aún quedaban nuevas sorpresas, como el descubrimiento de que la vida pega más fuerte que cualquiera que hayas enfrentado o esa otra que te animó tantas veces, a ti, viejo borracho, ridículo fanfarrón que presumías de una sed inagotable, de la catástrofe interna de un fuego que nunca se apagaba. Cada cantina en la que te quedaste dormido, todos los baños que vomitaste, esas botellas que exprimiste con alegría primero y tristeza después, todos esos retazos conforman el canto de tu soledad, la mordida feroz e inútil que le tiraste a la vida. El ladrido te acompaña porque eres tú, porque así suena tu espíritu, como un lamento idiota, incansable y sin propósito, una advertencia o una pregunta dirigida al vacío, quién sabe, tu búsqueda ha sido sólo eso, un repetitivo e incansable deterioro.

Y de nuevo el perro. Corres para hacerlo callar, matarlo si es necesario, aunque presientes la secreta afinidad que los une, persigues con angustia esa sombra que va soltando aullidos por los pasadizos del recuerdo. En el transcurso eres espectador de ti mismo, contemplas la pésima actuación que diste infinidad de veces, cuando te negabas a parar, cuando el calor impetuoso del alcohol atropellaba las palabras y la acción se debía imponer, cuando era preciso demostrar lo que podías, sabiendo que en el fondo no lograbas nada. Sí, es cierto, tu memoria se regodeó en el contacto nuevo de una piel desconocida, pero también vino el reproche por haber faltado a las promesas del matrimonio; se confundió con la sonrisa disparatada de los amigos al cazar lagartijas y la humillación de ser despedido

del trabajo; reviviste el olor de la fruta dulce y madura, pero también el sabor de las lágrimas de tu mujer, el horizonte dorado de tu ciudad natal, la emoción fresca hallada en sonrisas desconocidas, el aire impregnado de café en casa de tu abuela, la palabra hiriente a quienes decías querer, el reproche y la mentira que destrozó a tus hijos. Eres ese perro que esconde la cola entre las patas, perro faldero, perro que ladra y no muerde, perro flaco al que se le suben las pulgas, perro del mal, perro que muerde la mano del que lo alimenta, perro flaco, pata de perro, muerto de hambre, perro cojelón, perro rastrero.

En este preciso instante, comprendes el recuerdo de la última vez que estrechaste las manos de cada uno de tus padres al despedirte y en el tacto de la piel floja lees el argumento de sus vidas deterioradas. Ahora te es dado ver que los recuerdos abandonados y cada una de sus batallas perdidas fueron tu única herencia. La tristeza, acaso, sea lo único en lo que se parecen. En ella y en el fracaso se estrechan como una verdadera familia. Sabes que en su limitada manera se quisieron, como camaradas de una batalla imposible, miembros de un grupo de enfermos terminales que reconocen con piedad su íntimo destino, ser parte de los vencidos. Te quisiste revelar contra los dictados de la sangre y te atreviste a soñar, rechazando que bajo tu piel hubiera otra cosa que el pelaje crispado de la duda y el miedo. En el breve espacio antes de que se agotara el camino, tuviste un acceso de lucidez y comenzaste a vivir, brevemente, todo de nuevo. Las luces se acumularon, dando forma al álbum inasible de lo vivido. Fue la caricia del pasado que efímera y sutil hizo el recuento vano de tus andanzas; puertas abiertas que mostraron desde su interior la escena intacta e imperecedera de una vida inútil por común, pero acaso extraordinaria por ser la tuya. Nadie lo sabrá. La espiral se prolongó lo suficiente durante el transcurso de la caída, en plena borrachera, para que un rictus en tu rostro dibujara una espantada carcajada. Oíste el ladrido testarudo de un perro. A lo lejos, el animal deletreaba el mismo nombre incomprensible, una y otra vez. Te estaba llamando. 